

EPISODIOS DE ENTENDIMIENTO

Valentí Puig

Escritor

Alejamiento, conllevancia, encaje: de todo hubo, hay y habrá en las relaciones entre Cataluña y el conjunto de España. En cuanto a la relación de Cataluña consigo misma, para la sociedad catalana de inicios del siglo XXI persiste –incrementada por el nacionalismo– la irresuelta cuestión del bilingüismo. Con el beneplácito socialista, CiU ganó la baza normativa con la redacción del artículo 6.1 del Estatuto catalán de 1979: ahí se decía que la lengua propia de Cataluña es el catalán. En 2006, la campaña “Enmienda 6.1” propuso cambiar esta redacción por “las lenguas propias de los catalanes son el catalán y el castellano”. Ésa no era una cuestión casuística, sino el planteamiento de una realidad fundamental: la sociedad catalana es bilingüe desde hace por lo menos quinientos años,

del mismo modo que su presente: un 53,3 por ciento de los catalanes considera que el castellano es su lengua materna. Ineludiblemente, uno de los argumentos centrales de la campaña “Enmienda 6.1” era que los territorios no tienen lenguas ni derechos; son los ciudadanos quienes los tienen.

En la nueva etapa estatutaria y con un segundo gobierno tripartito en el poder, no es descartable que el reduccionismo lingüístico pueda llevar al conflicto cuando lo que vive día a día la sociedad catalana es la demostración de que la práctica social del bilingüismo es de una naturalidad ejemplar, salvo a la hora de articular realidades jurídicas –coercitivas o constructivistas– que chocan a cada instante con la realidad bilingüe calle por calle, casa por casa.

Desde hace más de cinco siglos conviven las dos lenguas y también las dos tradiciones literarias. El título de un magnífico ensayo de Miquel Porta Perales –*Dues millor que una (Dos mejor que una)*– sirve de eslogan en defensa de esa extraordinaria naturalidad bilingüe. La favorecen la manifiesta afinidad de las dos lenguas, las formas de uso social y la vigencia de una Barcelona receptora de inmigración y *melting pot* lingüístico.

La defensa del uso de la lengua catalana se basó en tiempos del franquismo en la aseveración de la UNESCO reconociendo el derecho a la lengua materna. De repente, en un giro que ha sido nocivo, la política lingüística de la Generalitat busca modelos en Québec y recurre a la políti-

ca de inmersión. Ese fue un paso hacia delante en el monolingüismo que carecía del suficiente consenso. Sorprendentemente el PSC-PSOE dejó hacer. La lengua vehicular fue el catalán. Era un ataque claro contra la tesis del bilingüismo. Es uno de los errores más evidentes del pujolismo. El voluntarismo, el maximalismo se impusieron.

Puesto que tan poco sagrada resultó la vigencia del *Estatut* de 1979, uno podía decir que, al contrario de lo que ahí se formuló, las dos lenguas son propias de Cataluña y no sólo la catalana. Entre otras cosas, la evidencia es que media población de Cataluña es ahora mismo castellano-hablante y no parece que vaya a dejar de serlo a base de inmersión y medidas coercitivas. Las lenguas pertenecen a los individuos y no a los territorios. El bilingüismo es una vitalidad; el monolingüismo es una prótesis.

¿Una o dos literaturas? No es materia de simple taxonomía sino que versa sobre la identidad plural de lo lingüístico y su inserción en tradiciones literarias que son bilingües. El debate reapareció al editar el profesor Martí de Riquer una antología de poetas catalanes en la que incluyó poemas en latín, castellano, francés, italiano o hebreo. Sus antologados iban desde el abate Oliba, a inicios del milenio, al valenciano Narcís Vinyoles (1440-1516). Los detractores de la antología por la inclusión de poemas no escritos en catalán dieron a entender una vez más que en el territorio de Cataluña no se puede hablar de poesía propia hasta la sustitución del provenzalismo lingüístico protagonizada por Ausias March. Con notoria sensatez, el profesor Rubió i

Balaguer sostenía de forma muy clara que la cultura de un pueblo como el catalán “que desde la Primera Edad Media no se ha expresado literariamente en una sola lengua, no puede ser valorada íntegramente reduciéndonos a la producción en catalán”. Cuesta aceptar que Mariona Rebull o el viudo Rius –personajes de las novelas en castellano de Ignacio Agustí– no estén tanto o más situados en la centralidad de la vida simbólica de Catalunya que los protagonistas telúricos de la escritora Víctor Català, del mismo modo que los personajes de Ana María Matute tienen mucho más de realidad humana que las gentes inanimadas que habitan las novelas de Manuel de Pedrolo, uno de los escasos ejemplos de autor monolingüe en catalán. Algo extrañamente poco natural sucede si la cultura catalana –entendida la cultura como método de vida simbólica de una gente– reconoce como catalanes los poemas de Joan Maragall porque están escritos en catalán y deja en el limbo a la mayoría de sus ensayos periodísticos porque fueron escritos en castellano. Así se le cierran las puertas a Luis Vives porque escribió en latín y a Piferrer porque lo hizo en castellano. Rubió sugería recordar que «a muy poca distancia habían visto la luz los “Preludios” de Cabanyes y las “Trobés” de Aribau», uno en castellano y el otro en catalán. De acuerdo con T. S. Eliot, no basta con entender lo que debiéramos ser, a menos que sepamos lo que somos; y no entendemos lo que somos a menos que sepamos lo que debiéramos ser.

Frente al exclusivismo, aparece la nobleza y la generosidad de quienes no suponen que escribir sea un ritual de

catacumba. El crítico Josep Yxart es uno de esos casos ilustres. Fue amigo de Galdós, Maragall y Santiago Rusiñol. Publicó *La Regenta* de Clarín en una colección literaria que dirigía en Barcelona. Parte de su obra está en catalán y parte en castellano. Yxart convenció a Narcís Oller,

uno de los mejores novelistas de la literatura catalana, para que escribiese en catalán. Así lo hizo Oller, a la inversa de un Yxart que en sus inicios escribe en catalán y luego prefiere escribir en castellano. Hay una inmensa riqueza en todo eso, silenciada por quienes buscan siempre el contraste exacto entre blanco y negro. Estamos en el pleno dominio de la dualidad lingüística a fin de que la respuesta a algunas interrogaciones la tenga más bien la historia literaria de un pueblo, en diversas lenguas, y no la historia de una literatura en una sola lengua. Es un criterio que se ratifica en la consideración del gaélico y el inglés como elementos de la historia literaria de Irlanda, al igual que la literatura canadiense se escribe en inglés y en francés.

***Desde hace más de
cinco siglos conviven
las dos lenguas y
también las dos
tradiciones literarias***

El Aribau que en 1833 escribe el poema “La pàtria” en catalán y da pòrtico referencial a la *Renaixença* es el mismo Aribau que dirige la Biblioteca de Autores Españoles. Siglos antes, la convivencia de ambas lenguas también

fue un dato cierto. En la Barcelona del siglo XVI, por ejemplo. En *El laberinto de los libros*, del profesor Peña Díaz, el resultado más a la vista es una castellanización de librerías y bibliotecas en la segunda mitad del siglo. El latín, el italiano y el castellano son las lenguas de la biblioteca; el catalán es la lengua de los impresos de circulación popular, de los lunarios a las coplas. La situación de bilingüismo o mejor dicho de plurilingüismo –dice Roger Chartier– es una de las características fundamentales de la cultura impresa en Cataluña, y perdurará en el siglo XVII. Narcís Vinyoles, el último de los poetas antologados por Riquer, parece ser que escribió en catalán, en castellano e italiano. Se razona en *El laberinto de los libros* que la desconfianza hacia el catalán no deriva de una interposición unilateral o de un deslumbramiento de la creación literaria en castellano, sino de interferencias multilaterales: el latín, el castellano y el catalán proyectan sombras en sectores sociales capaces de condicionar el futuro del catalán en el siglo XVI, mientras que en la calle –poco sugestionable por el estatus de *lingua regalis*– tiene la hegemonía el catalán.

Si existen dos literaturas lingüísticamente distintas en un mismo territorio, quizás cada cual tiene sus propios interlocutores sociales o tal vez los compartan o sean dos evidencias que se solapan. Para el nacionalismo catalanista, es prioritario destacar que la literatura propia de Cataluña –la *verdaderamente* catalana– es la escrita en catalán. Así se pasa de la protección de una cultura de dimensión limitada a la ubicación mayestática de esa literatura en la idea proyectada de una sociedad catalanizada de forma

tan plena como idílica, al margen de las apetencias de los lectores. En la misma línea de flotación aparecen la antropomorfización de la lengua o su identificación organicista con un territorio.

El crítico Juan Ramón Masoliver recalcaba que la negación del hecho bilingüe como constante histórica de la sociedad catalana era una posición polémica que amputaba un segmento muy relevante de la cultura catalana y significaba perder la clave de muchos de los fenómenos decisivos de esta cultura. La historia literaria de un pueblo puede manifestarse en diversas lenguas, como es la realidad histórica de Cataluña. Ahí aparece Boscán. Más cerca, D'Ors entra en escena fastuosamente, con 14 años de su vida intelectual en Barcelona y 34 en Madrid, cambiando de lengua. Lo trágico es que –como escribió su hijo Juan Pablo d'Ors– para los catalanes, más concretamente para los barceloneses, era un desertor; para los madrileños, un intruso.

En su ensayo sobre la Cataluña del siglo XVIII, el profesor Ernest Lluch entró en matices de peso respecto al reduccionismo lingüístico. *In extremis*, la cuestión es saber si una ópera de compositor catalán y libreto en lengua castellana es o no es música catalana. Si se traslada la cuestión a la cultura escrita, desde hace siglos Cataluña no se expresa literariamente en una sola lengua y, en consecuencia, sería una notoria descompensación reducirlo todo a la estricta producción en catalán. La figura de Antoni de Capmany recapitula la nueva forma de entender el siglo XVIII

en Cataluña. Está en el rango más destacado de los ilustrados europeos, como historiador del crecimiento económico y hombre del mercantilismo liberal en las *Memorias históricas*. Capmany es el liberal-conservador que hace la defensa foralista de Cataluña en las Cortes de Cádiz.

Fruto de la presencia intelectual de Capmany, la *Renaixença* es hija de la Ilustración más que del fragor romántico. Según Lluich, en definitiva, la *Renaixença* procede de un Capmany que en su momento firma el acta de defunción de la lengua catalana, “idioma muerto para la república de las letras”. El catalán como literatura se refugiaba en una escasa producción rococó y en la tragedia neoclásica que se va a escribir en la isla de Menorca. Para la lengua catalana, ése es un siglo de uso únicamente popular y doméstico.

El hecho diferencial genera de por sí más diferencia, del mismo modo que la burocracia engendra burocracia. Si cada vez que una ciudad funda un ateneo o una institución como el Teatro del Liceo de Barcelona la interpretamos como un índice de recuperación nacional, la substitución de un hecho histórico por la interpretación de una identidad específica elimina las cosas en común que Barcelona pueda tener –por ejemplo– con Milán, Manchester o Pittsburgh. Sí tendremos, en cambio, una historia muy diferenciada.

Al constatar el bajo nivel de la edición en catalán durante los siglos XVI y XVII, Lluich explica que las prohibiciones

contra el uso del catalán a partir de 1714 hacen que, más que hablar del catalán como “una muerta viva”, sea más exacto hablar de una “asesinada” que sobrevive, de una “asesinada viva”. Después aparece un nuevo impulso de la edición en catalán, entre 1796 y 1806. Así la libertad y la cultura más cualitativa favorecían la edición en ambas lenguas, movimientos de suma positiva. La significación de Capmany también demuestra que “la catalanización de temas en castellano precede a la catalanización de la lengua”.

Sería alentador que se pudiera regresar a una perspectiva ideal en la que creyeron Menéndez y Pelayo o Joan Maragall: existe en España un caudal de tradiciones lingüísticas diferenciadas que conviven con toda su individualidad y a la vez se comunican por arriba, como las copas de los bosques frondosos. Sería, en definitiva, la constatación de una Cataluña donde se escribe en catalán y en castellano y de toda una España acogedora que preste tanta atención y rango como cultura española a Rosalía, Aresti o Salvador Espriu.

En el industrioso siglo XIX prenunciado por Antoni de Capmany, la recuperación económica y espiritual de Cataluña –dice el historiador Jaume Vicens Vives en uno de sus mejores libros– había acabado por promover una élite intelectual que se preocupaba de comprender el pasado y el presente para evitar un devenir que no se imaginaban tan fácil como el capitalista, el comerciante o el hombre de la fábrica. Así fue como a partir de 1840 emerge un núcleo

conservador que, sin anular sus raíces históricas, acepta la realidad inevitable de la transformación industrial. Para Vicens Vives, ésa fue una encrucijada del moderantismo.

No hay más alianzas que las que trazan los intereses, ni nunca las habrá, según decía Cánovas. Políticamente, por ejemplo, los pactos del Majestic entre PP y CiU a su modo reanudaban los esfuerzos de cooperación que habían ensayado Maura y Cambó. Luego, con las siguientes elecciones, las cosas derivaron en un sentido menos afable y eficaz, pero en su momento habían preponderado la creación de empleo estable, la incorporación de España en la tercera fase de la Unión Económica y Monetaria, la desregulación y la liberalización, la reducción del déficit, el mantenimiento de las prestaciones sociales, el desarrollo autonómico, la reforma del modelo de financiación autonómica, la reforma de la administración periférica del Estado y la policía autonómica. De ahí se beneficiaron toda España en general y Cataluña en particular.

España como patria existe desde mucho antes de la Constitución de 1978, pero no siempre había sido factible compartir como ahora tantas opciones de futuro. La confrontación entre las aristas del nacionalismo vasco o catalán y otra patria no por genérica menos palpitante –es decir, el conjunto de España– sólo se entiende en términos de política transaccional que pretenda incrementar contraprestaciones. Pero a la vez toma mayor dimensión de desenfoque histórico. El particularismo tiene hondas inercias.

Por contraste, lo que llamamos concordia hispánica, parece como una vieja quimera que cruza como un rayo de luz lo mejor de los afanes intelectuales en esos episodios de entendimiento de la historia de España. Lo vemos en el jardín de la casa-biblioteca de Menéndez

y Pelayo en Santander, donde se halla la estatua de Milà i Fontanals, buen amigo y patriarca de la lengua catalana. Es Menéndez y Pelayo quien escribe al novelista catalán Narcís Oller: “Al revés de otros amigos, siga escribiendo en catalán, porque sólo quien escribe en su propia lengua puede alcanzar esta potencia gráfica y esta profunda armonía entre el pensamiento y la frase”. Oller, a su vez, era amigo de la Pardo Bazán y en sus memorias cuenta el episodio amoroso de la condesa que tanto enojó a Pérez Galdós.

***España como patria
existe desde mucho antes
de la Constitución de
1978, pero no siempre
había sido factible
compartir como ahora
tantas opciones de futuro***

Ahí tiene un papel central el epistolario entre Maragall y Unamuno. Seguramente no es casual que ambos fuesen iberistas, un afán integrador de la cultura peninsular que tristemente parece haberse eclipsado desde hace tiempo. Unamuno se definía como “catalanizante anticatalanista”. Le dice a Maragall: “Y de ahí, de esa su Cataluña, de esa su Barcelona, ¿qué puedo decir yo? ¿No están ustedes soñándola como no es, usted y otros cuantos? ¿Es acaso

mejor que su sueño?”. Maragall fue entonces un eje de la concordia. Baroja dice que no se parecía a los demás escritores catalanes, que en general, por entonces, se mostraban muy aparatosos y estridentes, y que siempre tenían que comparar Madrid con Barcelona.

Entonces y ahora, a veces la política obstruye, pero la literatura deja abiertas las ventanas. Rusiñol fue siempre muy bien acogido en Madrid. Los escritores castellanos acuden a las tertulias del Ateneo cuando visitan Barcelona. El historiador Ramon de Abadal asiste en Madrid a la tertulia de Menéndez y Pelayo. Carner, luego muy distante aunque hubiese ingresado en la diplomacia, fue un estudioso de Arniches en su juventud. Sagarra conoce en Madrid a *tutti quanti*. Va a Pombo y usa monóculo. Pla vive Madrid con intensidad vital.

Para ser justos, previamente existe un período de compenetración entre escritores de Castilla y de Cataluña, y de toda España. Eso ocurre entre 1879 y 1890. Están en ello lo mejor de una generación. Galdós está en desacuerdo con el hecho de que Oller –por ejemplo– se empeñe en dar vida literaria a una lengua que no la tenía. Hablaban todos con franqueza, de amigo a amigo, de escritor a escritor. Resumámoslo con una carta muy anterior de Valera a Oller: “Yo me alegro de que haya, no una, sino tres lenguas literarias en la península; pero creo que un genio o espíritu solo, exclusivo para otra casta y común a las tres familias ibéricas, debe ser superior y estrecho lazo de amistad”.

Era Vicens Vives quien hablaba de la tarea de hacer de España “una comunidad armónica, satisfecha y aquiescente”. Confinado en Cataluña, Dionisio Ridruejo había conocido a Pla y a Vicens Vives, de quien a menudo se ha dicho que hubiese sido un gran presidente de la Generalitat de Cataluña. A Josep Vergés, el editor de *Destino*, le oí hablar de la fascinación que producía Ridruejo en aquella época.

En *Las voces del diálogo* cuenta Jordi Amat cómo poetas procedentes del falangismo se reunieron en 1952 en Segovia, en un congreso, con poetas catalanes que prácticamente acababan de regresar del exilio. La representación catalana la encabezaba Carles Riba, que estuvo a punto de no ir porque la censura seguía actuando de forma implacable. Con todo, la presencia de Joaquín Ruiz Jiménez en el Ministerio de Educación hizo posible la celebración del Congreso. Y el afán de Ridruejo. De la actividad febril y eficiente de Ridruejo fue testigo el poeta Marià Manent. Manent quedó admirado de su personalidad y su carisma. Si sobre el diálogo entre Unamuno y Maragall se había cernido la sombra del Desastre del 98, el mito del fracaso, sobre el diálogo de Segovia se proyectó la sombra aciaga de la guerra civil.

Fue un reencuentro entre vencedores y vencidos, el retorno al diálogo hispánico. Ése llevaba un tiempo siendo el objetivo de Ridruejo: “Cancelar la guerra civil y dar a los españoles de uno y otro bando la esperanza de un porvenir común”. En ello también estaba el semanario *Destino*, con cuyas gentes Ridruejo conecta en sus tiempos de confina-

¿Libertad o coacción? ...

miento en Cataluña. A pesar de las circunstancias políticas e históricas, el empeño del Congreso de Segovia resultó ejemplar y precursor. Quedó abierto el portón por el que poetas como Vicente Aleixandre o Josep Vicenç Foix habían reiniciado un diálogo que nunca debiera haber sido interrumpido. Desde entonces, aquel paradigma no siempre ha sido asumido con la misma generosidad.

En realidad, Ridruejo y los poetas del encuentro de Segovia estaban trabajando ya en el consenso que hizo posible la transición democrática y la Constitución de 1978, uno de los grandes episodios del entendimiento. La fórmula premonitoria estaba en “La patria nueva”, de Joan Maragall: “Reedificarlo todo sin derruir nada, para que no se venga abajo la casa entera”.